

mortificaron á Pope grande y profundamente, y, en nuestro concepto, á ellas debe de atribuirse aquel odio inextinguible que demostró despues en todo á su ántes tan aplaudido y admirado José Addison.

XXXVII.

El mes de Setiembre de 1713 dejó *El Guardian* de publicarse. La política traía desvanecido á Steele, que ya no se preocupaba de otra cosa; y como en las elecciones generales que acababan de verificarse lo designaron por su representante los de Stockbridge, llegó á persuadirse de que representaría principalísimo papel en el Parlamento, fiado acaso en el éxito inmenso que tuvieron el *Tatler* y el *Spectator*, sin advertir que, si bien había sido editor de ambos periódicos, debieron éstos toda su influencia y popularidad al claro ingenio de su amigo. Y se hallaba de tal modo excitado por la vanidad, la ambición y los odios políticos su carácter irritable y violento, que cometía diariamente ofensas á cual más grandes contra el buen gusto y el buen sentido; excesos que lamentaban y reprobaban los hombres razonables de su partido. «El pobre de Steele me causa mil inquietudes, decía José Addison, y temo mucho que su celo por el bien público tenga para él muy peligrosas consecuencias, pues me avisa de que se halla resuelto á no hacer alto en su camino, y de que cuantos consejos pudiera yo darle acerca del particular serán en vano para contenerlo.»

Llevado de sus inclinaciones, fundó un diario político intitulado el *Englishman*; mas como Addison no quisiera colaborar en él, fracasó completamente

la nueva empresa. Y como, por otra parte, los escritos de Steele y sus fanfarronadas continuas durante la primera legislatura del nuevo Parlamento lo indispusieran por completo con los *tories*, determinaron excluirlo de la Cámara de los Comunes, siendo inútiles cuantos esfuerzos hicieron los *whigs* para salvarlo. Todos los hombres imparciales acusaron entónces á la mayoría por esta causa de haber abusado brutalmente de su poder; pero si la violencia y la locura de Steele no justificaban la ilegalidad cometida por sus adversarios, fueron eficaces á que sus amigos se apartaran de él, y á que nunca jamás reconquistara en la estimacion pública el rango que le hicieron perder.

Por aquel tiempo se propuso Addison añadir un volúmen al *Spectator*, y, en efecto, el mes de Junio de 1714 pareció el primer número de la nueva serie, que continuó publicándose durante seis meses cada ocho dias. Nada tan notable ciertamente como la diferencia que ofrecian los números del *Englishman* y los del octavo tomo del *Spectator*, aquéllos por Steele sin Addison, y estos por Addison, sin Steele, hoy olvidados los primeros y presentes todavía los segundos en la memoria de las personas ilustradas, por contener sin duda los más bellos *Essays*, graves y jocosos, que se hayan publicado en lengua inglesa.

XXXVIII.

A punto casi de terminar Addison este volúmen, ocurrió la muerte de la Reina, produciendo una revolucion completa en la administracion de los negocios públicos; y como sorprendió por lo impre-

visto el golpe á los *torjes*, que se hallaban divididos, no pudieron siquiera intentar un gran esfuerzo para rehacerse y reconcentrarse. Harley acababa de caer en desgracia, y aunque la opinion pública proponia casi unánime á Bolingbroke para ocupar el cargo de primer ministro, la Reina entregó la vara blanca, estando ya en el lecho de muerte, al duque de Shrewsbury, y dió término con este acto á su vida pública. En aquel punto formaron una coalicion todos los hombres políticos partidarios de la sucesion protestante, y Jorge I quedó proclamado Rey, poniéndose al frente de los negocios hasta la llegada del nuevo monarca un Consejo compuesto de los *whigs* más importantes, y apresurándose los *lords-justices* á nombrar por su secretario á José Addison. Despues, cuando Jorge I hubo tomado pacificamente posesion de su reino, y dado mayoría los electores á los *whigs* en el nuevo Parlamento, Sunderland fué á Irlanda de lord lugarteniente, y Addison volvió á Dublin en calidad de primer secretario del despacho.

En Dublin debía encontrar Addison á Swift. ¿Cómo se conducirían respectivamente uno con otro? hé aquí la pregunta que se hacian todos en las esferas políticas y literarias, sabiendo que las opiniones de ambos fueron idénticas en un principio; que se trataron en Lóndres y en Irlanda; que se apreciaban en su justo valor mutuamente, y que luego dejaron de frecuentarse. Pero si los *whigs* abrumaban á nuestro Addison con favores positivos, no hacian lo propio respecto de Swift, limitándose á convidarlo á su mesa y á colmarlo de alabanzas, pues temian fundadamente causar escándalo entre las gentes, adelantando en las dignidades eclesiásticas al autor del *Cuento del tonel* (Tale of a tub). Swift, que no

comprendia los motivos que pudieran tener Halifax y Somers para no deferir á sus ruegos, se creyó víctima de la ingratitud de sus protectores, y sacrificando su honra y sus principios al placer de la venganza, se afilió al partido *tory*. Empero la Reina y los principales dignatarios de la Iglesia lo detestaban de tal modo, que aún despues de su sacrificio, sólo venciendo dificultades insuperables casi, pudo alcanzar un beneficio eclesiástico poco lucrativo á condicion de ir á Dublin, lugar que aborrecia. La diferencia de sus opiniones políticas ocasionó entonces un resfriamiento temporal entre Swift y Addison, los cuales, si no rompieron, interrumpieron sus relaciones. Pero si parece natural á todos que Addison, incapaz de calumniar y de insultar, no insultara ni calumniara entonces á Swift, ¿quién no se sorprenderá de que Swift, á cuya desenfrenada procacidad jamás puso respeto la virtud ni el mérito de ninguno, y que parecia gozarse, como acontece generalmente con los renegados, en hacer blanco de sus ataques más acerbos á los antiguos correligionarios, guardara siempre tanta circunspeccion y mesura, y tanta simpatía y consideracion hácia José Addison, cuando éste se abstenia de su trato?

XXXIX.

Pero las cosas eran muy otras cuando Addison halló á Swift en Dublin. El advenimiento de la casa de Hannover habia puesto en Inglaterra para siempre las libertades del pueblo al abrigo de la tiranía, y asegurado en Irlanda el triunfo del partido protestante; y como Swift inspiraba odio y mala vo-

luntad á sus aliados, no solamente fué víctima de atropellos indignos en las calles de Dublin, que lo pusieron en el caso de necesitar escolta de hombres armados cuando salía de paseo por las afueras, sino que, al llegar Addison, recibió aviso de ser muy circunspecto y reservado, ya que no desatento, con el dean de San Patricio. Mas el digno escritor contestó á estos advertimientos diciendo «que si los hombres políticos cuya fidelidad pueda ser sospechosa no deben sostener relaciones con sus adversarios, aquellos que siempre y en todo tiempo han permanecido inquebrantables en sus opiniones en medio de los mayores desastres de su partido, tienen perfecto derecho, cuando triunfan á su vez, á tender la mano á los amigos que pelearon bizarramente á su vista en las filas de los vencidos;» nobilísimas palabras, reflejo de su conducta hidalga y generosa, que fueron bálsamo bienhechor para las heridas que atormentaban cruelísimamente al contrariado Swift; y con esto los dos grandes satíricos volvieron al comercio de su amistad antigua.

Los compañeros de Addison, que profesaban sus mismas opiniones, participaron de su buena suerte. Tickell fué con él á Irlanda, donde Budgell obtuvo también un empleo lucrativo. Ambrosio Phillipps quedó colocado en Inglaterra. En cuanto á Steele, se había comprometido de tal modo á fuerza de locuras y excentricidades, que no hubo medio de darle aquello que creía merecer. No obstante, le otorgaron una ejecutoria de nobleza, lo nombraron para un oficio palatino vacante, y, andando el tiempo, le hicieron otras mercedes.

XL.

Addison no permaneció en Irlanda mucho tiempo. En 1745 permutó su cargo de secretario por otro en el Tribunal de Comercio (*Board of Trade*), y el mismo año puso en escena la comedia titulada *El tamborilero* (*The Drummer*), sin darla como suya, razón por la cual fué tal vez acogida con frialdad del público, pues más adelante, cuando se representó despues de su muerte, sabiendo todos quién era el autor, alcanzó éxito extraordinario. No faltan críticos que sospechen no haber sido esta comedia obra de Addison; pero de nosotros diremos que, á pesar de ser inferior á varias producciones suyas, contiene muchos pasajes que ninguno de sus contemporáneos hubiera podido escribir como él lo hizo.

A fines de 1745, cuando los parciales de los Estuardos luchaban en Escocia contra la casa de Hannover, publicó Addison el primer número de un periódico intitulado el *Terrateniente* (*The Freeholder*), que por su mérito es digno de figurar en primera línea entre los escritos políticos de su autor, siendo el que más honra su carácter. Steele fué quien únicamente no supo apreciar cuánto valian la moderación y la benevolencia de que dió muestra su amigo, censurando con dulzura, en vez de hacerlo con acritud, á los estudiantes de Oxford que intentaron manifestaciones ruidosas en favor de los Estuardos, y llegó á decir que si bien estaba el *Freeholder* muy bien escrito, su autor «tocaba el laud en vez de tocar la trompa guerrera.» Al cabo, acaso impaciente con el éxito del periódico de Addison, determinó de hacer algo á su manera y sacó á luz el

Town-Talk, que debía de agitar la opinión pública, y yace hoy en el olvido más completo á pesar de los propósitos de Steele, del propio modo que su *Englishman*, su *Crisis*, su *Carta al Bailio de Stockbridge*, su *Reader*, y, en una palabra, que todo cuanto dió á la estampa sin la colaboración del verdadero y principal redactor del *Spectator*.

XLI.

Poco despues de la publicacion de los primeros números del *Freholder*, Pope y Addison rompieron completamente. Ni podía tampoco ser de otra manera, porque si Addison echó de ver el primer día de sus relaciones con Pope que su carácter no era franco sino falso y malévolo, Pope á su vez creyó descubrir en Addison el feo vicio de la envidia; y aún cuando no sea nuestro propósito entrar ahora en ciertos detalles de muy escaso interes para la generacion actual, no estará demas decir que Pope acusaba siempre á José Addison de haberle dado el pérfido consejo de no añadir un tercer canto á su poema del *Robo del Rizo*, y de ser autor, bajo el nombre de Tickell, de una traduccion de la *Iliada*, hecha expresamente por él en daño suyo. Estos fueron los dos agravios principales de Pope contra nuestro Addison; pero, si aquél tuvo sus razones para no seguir las advertencias de éste, ¿se sigue acaso de ahí que fuera su consejo malo de necesidad? y aún siendo malo, ¿habrá de inferirse que lo inspirasen motivos vergonzosos?

La experiencia demuestra con innumerables ejemplos que los poetas no deben retocar, y ménos añadir, aquellas obras cuyo éxito ha sido grande al

darse á luz, regla esta general á la que sólo concedemos una excepcion, que por lo mismo la confirmamos, y es precisamente la del poema citado del *Robo del Rizo* (*The Rape of the Lock*). Recuérdese ahora si los amigos íntimos de Walter Scott no le pronosticaron el fracaso de *Waverley*; si Harder no rogó y suplicó á Góethe para que no tratara de asunto tan ingrato como *Fausto*; si Hume no intentó persuadir á Robertson de lo mal que hacía escribiendo la *Historia de Carlos V*; y por último, si el mismo Pope no estuvo convencido de que *Caton* fracasaria en el teatro. Pero Walter Scott, Góethe, Robertson y Addison tuvieron todos el buen sentido y la nobleza de agradecer á sus amigos la rectitud de intenciones y el buen deseo que dictaron sus consejos. En cuanto al segundo agravio, todo bien considerado hasta en sus menores detalles, que son por cierto harto insignificantes para enumerados, no resiste siquiera al análisis más sucinto, bastando sólo decir en sustancia, para defensa de Addison, que no fué Tickell nombre supuesto, que Pope lo sabia, y que cuando en 1745 le habló de su traduccion, mediaron entre ambos las explicaciones necesarias á no dar en lo porvenir pretexto á cavilidades.

A nuestro parecer, Pope no era capaz de acusar en ningun caso á José Addison de faltas que no hubiere cometido en concepto suyo; pero si los hechos que afirmaba los creia ciertos, era porque sus pruebas las tenia dentro de su propio corazon, pues su vida entera no fué otra cosa sino prolongada serie de sutilezas tan viles y despreciables como las de que suponía culpados á Tickell y Addison para con él; que Pope pasó la vida puñal en mano y enmascarado, hiriendo en la sombra, calumniando é insultando á los hombres honrados, y sustrayéndose

después al merecido castigo de su infamia, merced á embustes, equívocos y subterfugios. Así publicó sátiras inmundas contra el duque de Chandos, Aaron Hill y lady Mary Wortley Montague; y cuando lo acusaron por ello, negó que fuera su autor con el atrevimiento y temeridad propios de su cinismo; cometiéndolo aparte de cuantos engaños y fraudes le fueron dictados de la malicia, la cobardía, la concupiscencia y la vanidad, otros muchos por el placer de mentir y engañar, y prefiriendo en toda ocasión, cualesquiera que fuesen sus fines, el camino tortuoso al recto y franco. Siendo así este hombre, necesaria y forzosamente debería de atribuir á la conducta de los demás los móviles indignos que inspiraban la suya, y por idéntico motivo fuera ocioso pedirle pruebas, pues no las daría verdaderas, sino falsas é inspiradas en la perfidia de su corazón.

XLII.

No se sabe de una manera positiva si los ataques de Pope determinaron al cabo á nuestro Addison á usar de represalias por la primera y última vez de su vida; pero es lo cierto que pareció por entonces un libelo en cierto modo agresivo, que hirió al autor del *Robo del Rizo* en lo más vivo, que un joven tan necio como disipador llamado el conde de Warwick dijo al poeta ofendido que Addison había facilitado los apuntes necesarios á su redacción, y que Pope, furioso con esto, puso en verso el retrato de Attico, que ya tenía hecho en prosa, y lo envió á su antagonista. Sólo una de las censuras del vindicativo Pope merece ser tomada en consideración, y es aquella en la cual hace referencia el agraviado á

la costumbre, ó defecto si se quiere, que tuvo Addison toda su vida de dominar en un pequeño círculo de amigos íntimos inferiores á él, mas en cuanto á las otras imputaciones contenidas en la sátira de que hablamos, y que alcanzó con el tiempo tanta celebridad, ninguna descansa en pruebas, y la mayor parte son evidentemente falsas.

De todas maneras, es lo cierto que aun cuando Addison sintió el dolor de la herida que le hizo la sátira de Pope, y que pudo vengarse fácilmente con sólo quererlo, bien porque siendo grande su influencia en el Estado, una palabra suya hubiera sido bastante para hacerle pagar muy caro su catolicismo, bien porque manejando el arma de la crítica de manera temible, unas cuantas líneas de su mano habrían bastado para ponerlo en ridículo, describiendo hábilmente no más las deformidades de su cuerpo enfermizo, y los vicios y defectos de su ingenio, aun ménos saludable y recto que su cuerpo, Addison se contentó con insertar en el *Freeholder* un elogio pomposo de la traducción de la *Iliada*, y promover la suscripción de todos los eruditos de Inglaterra á obra tan notable; que «Pope, decía, está llamado á prestar á Homero idéntico servicio que Dryden prestó á Virgilio.» Desde aquel día en adelante hasta el postrero de su vida siempre trató Addison á Pope, como su mismo enemigo reconoce, con estricta imparcialidad; mas no por eso reanudó sus antiguas afectuosas relaciones con él.

XLIII.

El descontento que produjo en el conde de Warwick el proyectado matrimonio de su madre con José Addison, debió sin duda más que otra causa determinarle á denunciar á Pope su futuro padrastro como autor del libelo que debia de poner término á sus ya no muy cordiales relaciones de amistad. Era la Condesa viuda de la honrada y distinguida familia de los Myddleton de Chirk, y residia en Holland-House. No léjos de allí, en Chelsea, vivió Addison largos años en una casita que tambien habitó Nell Groyn; y aunque Chelsea es hoy dia un barrio de Lóndres, y Holland-House puede considerarse como de la ciudad tambien, bajo los reinados de Ana y de Jorge I habia muchos campos en cultivo entre Kensington y el Támesis; pudiendo considerarse que, así la morada del escritor como el palacio de la dama, eran residencias campestres. Protegido acaso de la familiaridad que fácilmente logra establecerse con los vecinos en el campo, Addison intimó con lady Warwick, y movido de su buen natural, viendo que lord Warwick pasaba la vida persiguiendo á pedradas los serenos, rompiendo cristales y rodando en toneles vacíos por la cuesta de Holborn-Hill á pobres mujeres que hacia entrar en ellos por fuerza, intentó apartarlo de sus aristocráticas diversiones, inspirándole amor al estudio y á la virtud. Pero tan saludables consejos, sobre no aprovechar al discípulo, perjudicaron al maestro, pues el jóven lord siguió haciendo la vida de los calaveras de su tiempo, y Addison quedó prendado de la ilustre viuda. La cual, aunque ya no

fuera jóven, como aún estaba por extremo hermosa, y su rango, además, acrecentará las partes de su belleza, Addison la hizo asidua corte durante largo tiempo, aumentando y disminuyendo sus esperanzas en la misma proporcion que la influencia de su partido, y llegando á ser tan conocido de todos sus amigos su amor á la de Warwick, que cuando realizó el último viaje á Irlanda, Rowe dirigió unos versos á «la Clóe de Holland-House» para consolarla de su ausencia.

Al cabo Clóe capituló; y como, por otra parte, Addison podia tratar ya con ella de igual á igual, pues sobre tener muchas razones para esperar más elevada posicion política, por entónces habia heredado á un hermano suyo que murió ejerciendo el gobierno de Madrás, y poseia una finca rústica magnífica en el Warwickshire, el mes de Agosto de 1716 anunciaron los periódicos «el casamiento de José Addison, *Esquire*, á quien sus obras en prosa y verso habian hecho célebre, con la condesa viuda de Warwick.»

Desde aquel punto pasó Addison á residir á Holland-House, el palacio particular de Inglaterra que ha servido de habitacion á mayor número de hombres de Estado y de literatos distinguidos, y en uno de cuyos salones se ve su retrato. A juzgar de la pintura, los rasgos de su fisonomía fueron agradables y su color hermoso por extremo; pero el conjunto, ántes indica la dulzura de su carácter que la profundidad y el vigor de su espíritu.

XLIV.

Poco despues de su casamiento, Addison llegó al apogeo de su fortuna política. Porque, como dividió en dos bandos lucha intestina el ministerio *whig*, triunfando al cabo en la primavera de 1717 la fracción de lord Sunderland, y retirándose vencidos con lord Townshend Walpole y Cowper, al recibir Sunderland encargo de formar Gabinete, designó á José Addison para el oficio de Secretario de Estado, no sin ofrecerle ántes los Sellos, que rehusó dando con esto muestra de su buen sentido, toda vez que no debía su encumbramiento político sino á su intachable probidad y á su gloria literaria.

Mas no bien hubo entrado en el Gabinete, comenzó su salud á decaer, poniendo en peligro su vida grave dolencia. Cuando se hubo repuesto, Vicente Bourne celebró su restablecimiento en versos latinos dignos de la pluma del mismo convaleciente. De allí á poco tiempo recayó, y en la primavera de 1718, como un fuerte ataque de asma le impidiera continuar ejerciendo su cargo, hubo de renunciarlo, retirándose á su casa. Le sucedió su amigo Craggs, jóven de mucho talento, y que si hubiera vivido habria llegado á ser el más formidable rival de Walpole. Los compañeros de Addison le concedieron una pensión vitalicia de 1.500 libras esterlinas anuales al separarse de él.

El reposo físico y moral que tuvo entónces pareció reanimarlo y restituirle la salud, y despues de dar gracias á Dios por el beneficio que le otorgaba «libertándolo juntamente de la carterá y del asma,» como le pareciese que con esto se abrian nuevos

horizontes á su vista, se propuso emprender varias obras de importancia, entre otras una tragedia sobre la muerte de Sócrates, una traducción de los Salmos y un Tratado sobre las pruebas del cristianismo.

Pero la cruel enfermedad cuyos primeros ataques habia sentido, seguia progresando, y al reaparecer triunfó de todos los recursos de la ciencia. Aflice consignar, tratando de este asunto, que una serie de disgustos domésticos y políticos amargara los últimos meses de su vida; pues á dar crédito á la tradicion, la condesa de Warwick era tan altiva y dominante, que mientras Addison tuvo fuerzas para huir lejos de su mujer y de los salones magníficos de su palacio, llenos de recuerdos nobiliarios de la casa de Rich, fué á refugiarse cada dia en algun café donde pudiera reír á sus anexas, hablar de Virgilio y de Boileau, y apurar una botella de Burdeos en compañía de los amigos de sus buenos tiempos. Empero algunos habia perdido, figurando entre los más principales sir Richard Steele, quien suponiéndose postergado por los *whigs* olvidados de sus merecimientos y servicios, les tenía mala voluntad, y aún más á él que á ellos; y no pudiendo perdonarles tampoco la elevacion de Tickell, que á los treinta años fué nombrado subsecretario de Estado por Addison, mientras el editor del *Tatler* y del *Spectator*, el autor de la *Crisis*, el diputado por Stockbridge, que habia sufrido persecuciones por su inalterable adhesión á la casa de Hannover, al cabo de mucho pretender y de muchos desaires, tenía que contentarse ya en la vejez con una parte del privilegio del teatro de Drury-Lane, hizo públicas sus quejas en su famoso papel á Congreve, añadiendo que al posponerlo Addison á

Tickell incurrió en el resentimiento de otros *gentlemen*, y acaso no sea muy aventurado pensar que fuera el mismo Steele uno de los *gentlemen* más agraviados con este motivo.

XLV.

En tanto que sir Ricardo se lamentaba de la manera indicada en orden á los desengaños políticos en general y á la pretensa conducta de Addison en particular, surgió entre ambos nueva querrela. Es el caso que sobre hallarse ya divididos los *whigs* en varias fracciones, se subdividieron aún en dos bandos con motivo del *bill* que tenía por objeto limitar el número de los Pares; medida ésta cuyo autor reconocido era el orgulloso duque de Somerset, primero por su rango entre los nobles á quienes su religion consentía tomar asiento en la alta Cámara, pero que fué concebida en realidad por el primer ministro.

Fuerza es decir que no sólo era malo el *bill*, sino que los motivos que determinaron á Sunderland á presentarlo labraron mucho en menoscabo de su honra; pero también será justo tener en memoria que lo defendieron los hombres más sabios y virtuosos de su tiempo. Lo cual no es tampoco extraño, pues el último gabinete de la reina Ana, como reconocían los mismos *tories*, abusó en concepto de los *whigs* indignamente de la prerogativa de crear Pares, con infraccion manifiesta de la ley fundamental; porque si, conforme á la teoría de la Constitución inglesa, debían equilibrarse constantemente tres poderes independientes, á saber, la monarquía, la aristocracia y el pueblo, no era posible, sin caer

en el absurdo, colocar á uno de ellos bajo la tutela, ó, mejor dicho, bajo la dominacion de los otros dos, y es evidente que dejando ilimitado el número de los Pares quedaba la Cámara de los Lores á merced de la de los Comunes y de la Corona.

Steele se puso de parte de la oposicion, y Addison del Gobierno; el primero atacó violentamente el *bill* en un periódico titulado el *Plebeian*, y el segundo lo defendió á ruego de Sunderland en el *Old-Whig*, logrando vencer á su adversario, con razon ó sin ella, bajo el triple aspecto del estilo, del ingenio y de la cortesía, sin que por eso pretendamos nosotros que sea esta polémica lo mejor de sus obras.

Pero si en un principio los adversarios anónimos permanecieron dentro de los límites del respeto debido, al cabo Steele dió suelta sin poder reprimirse á la cólera, y lanzó una imputacion calumniosa sobre las costumbres de su contrincante. Addison replicó á seguida, y aunque no fué su respuesta cual merecía el ataque, hirió profundamente á Steele, quien á su vez contestó en términos de grande acritud. Addison no volvió á tomar la pluma para defenderse, porque como al asma que padecía hubiera sucedido la hidropesía, sintiendo acercarse su hora postrera, renunció á la disputa para consagrarse á luchar con la nueva enfermedad, cuyo estrago sufrió largo tiempo con heroica constancia. Cuando hubo perdido toda esperanza, despidió los médicos y se preparó tranquilamente á morir.

XLVI.

Confió sus obras al cuidado de Tickell, y algunos días ántes de morir las dedicó á Craggs en una carta, que fué la última produccion de su ingenio, y en la cual se descubre la dulce y encantadora elocuencia de los mejores artículos del *Spectator*, pues al hacer alusion á su muerte próxima, lo hizo en términos tan dignos, tan joviales y tiernos, que no es posible leerla sin sentir los ojos arrasados de lágrimas. En el mismo papel recomendaba eficazísimamente á Craggs los intereses de Tickell.

Cuando hubo escrito la carta dedicatoria envió recado á Gay para que fuese á verlo sin demora á Holland-House. Llegado que hubo, despues de acogerlo con el mayor afecto, Addison imploró su perdón, quedando Gay, hombre sencillo y bueno por extremo, turbado y suspenso, y sin poder adivinar de qué ofensa ó daño habria de absolverlo. Pero Addison ántes de morir queria descargar su conciencia del peso de una culpa que la remordía y abrumaba. Es el caso, que Addison creia recordar, repasando en su lecho de dolores las memorias de toda su vida, y pesando escrupulosamente los móviles de sus acciones, que habia impedido á sus amigos políticos que dieran á Gay un empleo porque hizo el elogio de Bolingbroke y estaba íntimamente relacionado con gran número de *tories*; de todo lo cual se arrepentia, deplorando haberse valido de su influencia en daño de un literato desgraciado, á quien pedia perdón de una culpa que Gay ni áun sospechaba siquiera en él.

Bien será decir ahora que la piedad de Addison

revestía un carácter de plácido contento, y que la idea culminante de sus escritos religiosos es la gratitud á Dios su bienhechor todopoderoso, que veló siempre y en todas las circunstancias de la vida por él, cuando niño y apenas sabía balbucear una oracion, aceptando sus lágrimas inocentes como fervorosa plegaria; cuando jóven, preservándolo de las seducciones del vicio; colmándolo en la edad viril de bienes y venturas, cuyo precio subia de punto á sus ojos por haberle dado la divina providencia corazón agradecido para gozarlos y amigos íntimos para compartirlos con ellos, y apaciguando las embravecidas olas del golfo de Liguria, y purificando el aire pestilente de la Campania, y sujetando adheridos á las rocas del Monte Cenís los táludes para que no se desplomaran á su paso. Pero si así eran su devoción y su fe, no era ménos poética la leyenda piadosa que preferia entre todas, y es aquella en que representa el autor de los Salmos al soberano del universo bajo la forma de un pastor, cuya cayada va guiando el rebaño por entre landas áridas y tristes en busca de risueñas y fértiles praderas.

Con estos principios, que fueron los de toda su vida, fácil es comprender que su muerte sería tranquila y serena. ¿Quién no ha leído su entrevista con el hijo de lady Warwick? «Mirad y ved, Conde, cómo sabe morir un cristiano.» En efecto, hasta la hora postrera permaneció su ánimo sereno y penetrado de absoluta confianza en aquella suprema bondad á la cual atribuyó siempre la dicha y el bienestar de su vida, y espiró el 17 de Junio de 1719, cuando apenas tenia cuarenta y ocho años.

Estuvo Addison de cuerpo presente en la Cámara de Jerusalem, y despues lo trasladaron de noche á

la abadía de Westminster, donde lo recibió el obispo Atterbury, uno de los *torios* que más lo amaron y distinguieron, y presidió el triste cortejo por las naves del templo, á la luz de las antorchas y entre los cantos de un himno fúnebre hasta la capilla de Enrique VII, quedando depositado su féretro junto al de Montague y en la bóveda de la casa de Albermarle. Algunos meses despues, recibieron sepultura por los mismos hombres, con las mismas ceremonias y en el mismo lugar los despojos de Craggs, al lado de los de Addison.

XLVII.

De los homenajes que se tributaron á la memoria de Addison sólo uno ha merecido pasar á la posteridad, y es la elegía de Tickell, composicion famosa que habria podido enorgullecer al más célebre de los escritores ingleses, y en la cual campea la viril grandilocuencia de Dryden y la elegancia y pureza de diction de Cowper. Este bellissimo poema sirvió de prefacio á la magnífica edicion de las obras de Addison que se publicó el año de 1721. Los nombres de los suscritores que contribuyeron á levantar tan espléndido monumento al literato insigne cuya biografía hemos trazado compendiosamente, demuestran que ya entónces gozaba su nombre de fama universal, pues vemos figurar en la lista la reina de Suecia, el príncipe Eugenio, el gran duque de Toscana, los duques de Módena, Parma y Guastalla, el dux de Génova, el regente de Francia y el cardenal Dubois. Empero con ser bella es muy defectuosa esta edicion bajo muchos aspectos, siendo

de lamentar que aún no exista una coleccion completa de las obras de Addison en Inglaterra.

No daremos de mano á nuestra tarea sin decir que ni la opulenta viuda de Addison, ni sus poderosos y aficionados amigos pensaron en conmemorar su recuerdo haciendo poner siquiera una lápida modesta en los muros de la Abadía. ¡Cosa singular! Sus obras habian conmovido y agitado de muy diverso modo á tres generaciones, cuando la veneracion pública remedió la extraña é inexplicable negligencia de quienes debieron estimar esto por el más principal de sus deberes. Por eso vemos ahora su estatua magistralmente cincelada en el Parnaso (*Poet's corner*) de Westminster, en el traje y la actitud que lo imaginamos cuando despues de haber escrito un artículo destinado al *Spectator* salia de su gabinete de Chelsea con las cuartillas en la mano, dirigiéndose al jardín para repararlas á la sombra de un árbol. Demostracion era esta de gratitud y respeto que debia el pueblo inglés al hombre de Estado insigne y sin tacha, al consumado erudito, al escritor incomparable, al pintor ingenioso de la vida y de las costumbres de su tiempo; pero aún más la debia ciertamente al gran satírico, único entre todos que haya sabido emplear las armas del ridiculo sin abusar de ellas nunca, y que realizó una importantísima reforma social reconciliando el talento con la virtud tras prolongada y lastimosa separacion, durante la cual fueron compañeros inseparables, aquél de la licencia, y ésta del fanatismo.

FIN.